



## Travesuras de una niña buena

Qué linda niña era Clarita! Sus dorados bucles, su cara de rosa y sus inmensos ojazos del más puro azul, cautivaban los corazones de todos. Además era obediente y bondadosa en extremo.

Su madrina quiso llevársela á pasar un día entero en la hermosa finca que poseía cerca de París. Los papás se resistían algo á dar el consentimiento, por no estar todo un día sin ver al lindo *bebé* y por temor á que la madrina no supiera entretener á la huésped de seis años en aquel inmenso caserón, privado de juegos y risas infantiles.

Por fin, cedieron, y la pequeñuela llegó como un rayo de sol jugueteón para alegrar á la madrinita durante muchas horas, hasta que los padres fuesen á recogerla en el tren de la noche.

¡Qué día más hermoso! ¡Qué luz! ¡Qué alegría para la nena en aquel paraíso de su madrinita!

Pasó la mañana sin ningún suceso digno de mención; á la hora de la siesta se fué la señora á reposar. ¡Estaba tan delicada!

—Como eres tan buena, no harás ninguna travesura, ¿verdad?

—Descuida, madrina.

—En las niñas que tienen el hermoso corazón que tú tienes, se puede fiar.

—¡Claro! Ves á dormir un ratito tranquila.

Y quedó sola en el jardín. ¡Vaya si podían fiar en ella!

Ya sabía que lo mejor que puede tener una niña es un corazón muy bueno, muy bueno, y ser caritativa con todos...

Parecía mentira que hubiera personas malas que hiciesen daño á nadie... El jardinero, por ejemplo, debía ser perverso... Pues no tenía muchos tuestos guardados en una casita, sin que les diese aire, ni agua, ni sol...? ¡Qué atrocidad...! Sería preciso que ella los sacase y los metiese en un cubo de agua... ¡Pobres tuestos encerrados...! Manos á la obra... uno, dos, tres, seis... diez... ¡Ya están unos cuantos; luego seguiría...

¡Anda!, pues no digamos nada de la crueldad de tener las gallinitas y palomas detrás de aquel enrejado... ¿A quién se le habría ocurrido semejante crueldad...? ¡Y poquitas ganas que debían tener de libertad...! No había más que fijarse en cómo se miraban las palomas y el perrazo *Turco*, que las contemplaba desde fuera... No; pues un corazón bueno no debía consentir ver á las palomas y gallinas prisioneras... Lo mejor era soltarlas... ¡Ajajá...! á jugar con el *Turco* mientras la niña daba otra vueltecita

¡Anda, y cómo cacareaban las gallinas, y qué modo de correr el perrazo...! ¡Si ya decía ella que las pobrecitas necesitaban libertad...! ¿Qué era aquello? ¿Una mendiga al otro lado de la verja...? Pues su buen corazón no la permitía ver lástimas... ¡Precisamente la madrina se había dejado el portamonedas encima de un banco...! Así; ¡y poco contenta que se había puesto la infeliz con el portamonedas...! «¡Que niña tan buena!», dijo. ¡Claro está!, lo principal, como decía siempre *mamaíta*, era tener buen



corazón... ¡Vamos...! pobres pececitos... siempre metidos en agua... era necesario de todo punto secarlos un poco para que no se constipasen.

Un grito de Clarita despertó á la madrina, que bajó al jardín precipitadamente y se encontró con que la nena había caído al estanque, de donde se la sacó sin más averías que el remojón y el susto. Cuando la pobre señora miró á su alrededor, halló los tientos de la estufa metidos en cubos de agua, su portamonedas desaparecido y las palomas mermadas en número, por obra del hermoso *Turco*, que se había comido algunas.

Clarita sufrió una fuerte reprimenda de sus padres, que la hicieron comprender que hasta los buenos sentimientos pueden ser un defecto cuando no están regidos por la prudencia

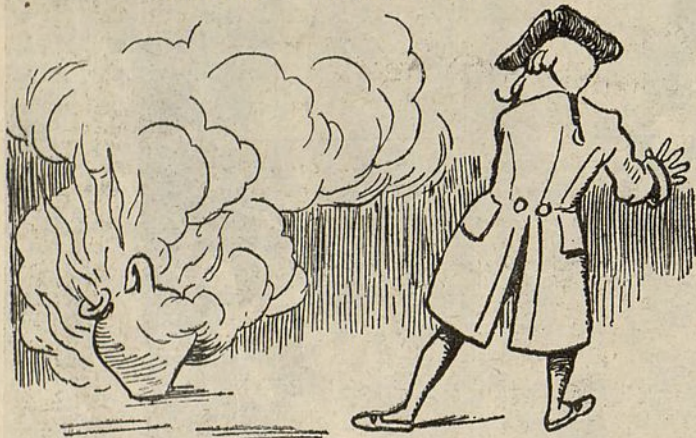
MARÍA DE ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO



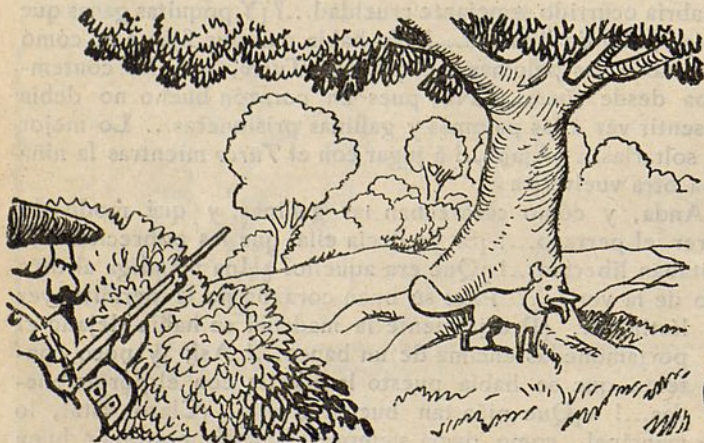
## AVENTURAS POR MAR Y POR TIERRA DEL BARON DE MUNCHAUSEN

DE CÓMO EL BARÓN HACÍA UN FAVOR A CUALQUIERA

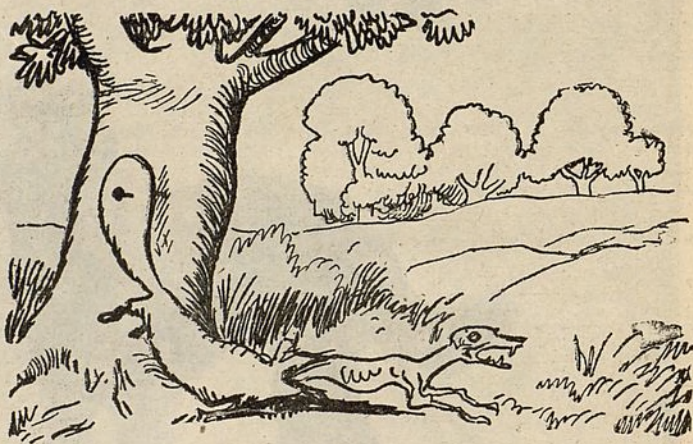
De todos los veranos que en mi vida recuerdo, por haber sudado el quilo, uno no sé me olvida, porque otro no se ve por el estilo. Era un verano tal, que si no baja aquel calor que hacía, nos morimos; pues muchos casos vimos de incendiarse el botijo y la tinaja.



Una mañana abandoné mi lecho y por costumbre caminé derecho hacia la selva oscura, porque yo no reparo y me meto en lo obscuro y en lo claro buscando una aventura. Llevaba la escopeta por costumbre, el sol lanzaba su ardorosa lumbre, las aves no cantaban, ¡aquel día los pájaros se asaban! Era el calor aquí! insoportable; pero yo sufro todos los rigores de frios y calores, porque mi resistencia es admirable, y como de él me río, el tiempo no me da calor ni frío. Iba, pues, caminando... caminando... cuando á lo lejos divisé parada



una zorra, en un árbol apoyada y con la lengua fuera y jadeando. Es natural; la piel y aquella cola la abrigan de un modo extraordinario, ¡sudaba la infeliz como ella sola! Me dió lástima y dije:—¡Qué canario! ¡Pobre animal! A ver si mi escopeta la hace un favor si sigue estando quieta Celebrando mi idea, dije:—¡Bravo, esto se llama ingenio é inventiva! Y cargué la escopeta con un clavo con la punta hacia arriba. Apunto, tiro, suena un ruido bronco, miro en seguida al sofocado bicho, y le encuentro en el árbol susodicho con la cola clavada sobre el tronco. Saqué el cuchillo, me acerqué al momento y por un natural procedimiento le hice sencillamente unos cortes en cruz sobre la frente. El animal, al verse así cogido y al mirarme á su lado, se encogió de repente, dió un quejido hizo un esfuerzo muy desesperado;



la piel fué delatando su abertura, y en cuanto tuvo suficiente anchura salió la zorra limpia y sin pellejo, corriendo más ligera que un conejo Yo me decía entonces:—¡Vaya un susto que ha debido llevar! pero sudaba con la piel y se ahogaba, y ahora va tan fresquita y tan á gusto.



EL TEATRO DE LOS NIÑOS

## PEPITO TRAPALA

(Conclusión.)

ESCENA IV

JULIA y PAQUITA.

- JULIA. Pues no hay nadie aquí. ¡Y decía Elvira que Pepito estaba leyendo!
- PAQUITA. ¡Pobre Pepel! ¡Qué cambiado esta desde aquel lance!
- JULIA. ¡Ya, ya! Siempre tan serio, tan triste, con los ojos encarnados de llorar. ¡El, que era la misma alegría!
- PAQUITA. Si todo eso significa que se ha enmendado de aquel feísimo vicio de mentir...
- JULIA. No lo creas. *Quien hace un cesto hace ciento; y es que malas mañas ha, tarde ó nunca las perderá...*
- PAQUITA. Eso no, Julia; porque rara es la persona que no haya cometido algún pecadillo en su vida; y si nadie fuera capaz de enmendarse, ¡buenos estaríamos en el mundo!
- JULIA. Tienes razón, que el arrepentimiento existe y es grato á los ojos de Dios, como dice mamá; pero... ¡qué quieres que te diga, Paquita? Me cuesta trabajo creer en la enmienda de Trápala.

PAQUITA. Pues mira, hija, no se sabe que haya dicho una mentira en todo este tiempo.

JULIA. Porque ha estado preocupado con la desgracia y no ha venido á *pelo* quizá soltar su correspondiente *filfa*.

PAQUITA. ¿De modo que no te convencerás con nada de su arrepentimiento?

JULIA. ¡Ave María! ¡No digo tanto...! ¡Si yo viera una prueba...!

PAQUITA. ¿Una prueba?

JULIA. ¡Pero buena!

PAQUITA. ¿A qué llamas prueba buena?

JULIA. A oírle decir una verdad en contra suya, por ejemplo.

PAQUITA. Eres un poquito incrédula, hermanita.

JULIA. ¿Yo?

PAQUITA. ¡Y un poquito exigente!

JULIA. ¡Muchas gracias!

PAQUITA. ¡Eal no vayamos á reñir por tonterías; porque estamos hablando mal de Pepito, después de todo, y eso es murmurar.

JULIA. ¡Tienes razón!

PAQUITA. ¡Ay! ¡mira qué juego tan precioso! (*Reparando en el juego de ajedrez.*)

JULIA. ¡Sí...! ¡Ay, qué lástima!

PAQUITA. ¿De qué?

JULIA. ¿No ves? Está todo manchado.

PAQUITA. Eso se limpia; verás... (*Saca su pañuelo y lo mancha al querer limpiarlo, llenándose de tinta las manos. Julia la imita y la sucede lo mismo.*)

JULIA. ¡Niña, mira cómo nos estamos poniendo de tinta!

PAQUITA. ¡Es verdad!

JULIA. ¡Y esta mancha del pañuelo no saldrá!

PAQUITA. ¿Y qué hacemos?

JULIA. ¡Ay, Dios mío, si nos ve papá! (*Abre la puerta y las dos quedan asustadas.*)

ESCENA V

DICHOS, el Sr. DE RAMÍREZ y su señora.

Sr. DE R. Niñas, ¿qué hacéis por aquí de bueno?

Sra. DE R. ¿Estáis solas, hijas mías? ¿Y los niños?

JULIA. No sé, mamá; los estamos esperando.

Sra. DE R. ¿Por qué no habéis entrado á ver á Elvira?

PAQUITA. Porque... porque esperábamos á Pepito.

ESCENA VI

DICHOS, los SRES. DE GARCÍA

Sra. DE G. ¡Mis queridos amigos!

Sr. DE G. Me alegro, como siempre, de esta visita, y aprovecho esta ocasión para demostrar á estas niñas nuestra gratitud y ofrecerles un pequeño recuerdo de nuestra enfermita. (*Busca por todas partes el juego de ajedrez y el tintero.*) ¡Es extraño! Había puesto aquí una caja y un tinterito para Paquita y Julia.

Sra. DE G. ¿No son éstos?

Sr. DE G. Sí, es verdad... Tomad, hijas mías; vuestros papás os permitirán aceptar una pequeña muestra de mi gran cariño.

Sr. DE R. Amigo mío, mis hijas pueden aceptar desde luego un recuerdo de una afeción tan... ¡Caramba!

Sr. DE G. ¿Qué es eso?

Sr. DE R. ¡Qué lástima...! ¡Están manchadas las piezas!

Sr. DE G. ¡Manchadas! ¿Quién se ha atrevido á enredar con ellas? No quisiera más que saber quién ha sido el gracioso... Trae, Julia, yo compraré otro; esto no es digno de vosotras. Pero ¿qué tienes, Julia? Estás temblando.

Sra. DE R. Y tú también, Paca, ¿qué tenéis? Nunca os he visto así. ¿Conque os hacen un regalo, y en vez de dar las gracias, os ponéis á temblar?



LA PIEDAD». CUADRO DE JUAN NUÑEZ En la Catedral de Sevilla se conserva esta hermosa tabla de estilo flamenco, obra firmada del pintor Juan Núñez, nacido en dicha capital, en la que vivió por los años 1507. Es una de sus mejores obras y representa á la Virgen María al pie de la Cruz, con San Miguel y San Vicente á los lados. A los pies de San Miguel se ve el retrato del piadoso donante. Esta es la primera fotografía que se ha hecho del cuadro, con destino á GENTE MENUDA.

JULIA. Mamá... es que...

Sra. DE R. ¡Acaba!

JULIA. Es que... la tinta... las piezas manchadas... La verdad; tenía miedo... es decir, temíamos que lo... (*No sabe qué decir, y avergonzada y temblando se echa á llorar y lleva á sus ojos el pañuelo lleno de tinta.*)

Sra. DE R. (*Con severidad.*) Vamos, ya adivino la causa de tu llanto; habéis sido curiosas y mal educadas, y por coger una cosa que no os habían regalado aún, habéis vertido la tinta en el ajedrez.

PAQUITA. Yo le aseguro á usted que...

Sr. DE R. ¿Que no lo habéis hecho adrede? ¡No faltaba más!

PAQUITA. (*Llorando también.*) No ha sido ella.

Sr. DE R. ¿Habéis sido las dos? Ya lo sé.

Sr. DE G. Después de todo, no vale la pena. Un momento de curiosidad y de torpeza no es una falta irreparable, y la prueba es que, Dios mediante, mañana estará enmendado todo.

Sr. DE R. No, amigo mío; yo le ruego á usted que retire su regalo; las niñas merecen ser castigadas, y lo serán.

## ESCENA VII

ELVIRA, apoyada en el brazo de PEPITO y sostenida por MANUEL y ANDRÉS; llegan muy despacito y la sientan en un sillón.

SR. DE G. ¡Hija mía!

SRA. DE G. ¡Qué sorpresa!

ELVIRA. ¡Tenía tanta gana de ver á todos reunidos! (JULIA y PAQUITA se abrazan á ELVIRA, llorando.) (ELVIRA asustada.) ¿Qué es esto, Dios mío? ¿Qué tenéis?

SR. DE R. Que estas niñas, por una indiscreción imperdonable á su edad, han estropeado el juego que tu papá...

PEPITO. ¿Cómo? ¡No hay tal! Dispéñseme usted; he sido yo; ¡soy el único culpable!

PAQUITA. ¡Gracias, Pepito! Queriendo limpiar el juego, manchamos nuestros pañuelos, y no encontrábamnos razones que nos justificaran.

ELVIRA. Yo también te doy las gracias, Pepe; tu generosa confesión me hace olvidar todo lo que he sufrido por ti.

PEPITO. No temas, hermana mía, que manche jamás mis labios con mentira.

SR. DE G. Hijo mío, todos estos niños te agradecen tu generosidad y te quieren más.

TODOS. Sí, sí.

SR. DE G. Dios ha querido, para corregirte, que conocieses el daño que puede causar una mentira, y el bien que puede lograrse con la verdad.

PEPITO. No lo olvidaré jamás. (A los niños.) ¡Trápala ha muerto!

TODOS. ¡Viva Pepito!

FIN DE LA COMEDIA

## RECREACIONES ARITMETICAS

### UNA MULTIPLICACION MISTERIOSA

Se trata de una cantidad que puede facilísimamente recordarse de memoria fijándose en el orden en que van colocadas las cifras que la constituyen. Esta cantidad es 12.345.679 que, como se ve, se compone de todos los números llamados dígitos, excepto el 8, puestos por su orden ascendente de izquierda á derecha.

Supongamos que nos encontramos en una reunión, y después de escribir la citada cantidad, preguntamos á cualquiera qué cifra quiere que salga repetida en el producto de ella por una cantidad que nosotros pongamos.

Supongamos igualmente que nos dicen que el 6, y entonces la multiplicamos por 54, de lo cual resulta:

12345679

× 54

49382716

61728395

66666666

Si se quiere que todos los números sean cinco, se multiplicará por 45; si se desea que sean ocho, por 72; si cuatros, por 36. Como se ve, la operación es muy sencilla, pues basta multiplicar por 9 el número que se quiera que aparezca en el producto para ponerlo de multiplicando á la primera cantidad.

¿Quieren que se componga el producto de treses? Pues no hay sino multiplicar la cantidad 12.345.679 por 3 multiplicado por 9, ó sea 27.

Como el multiplicar por 9 un número dígito es cosa que los niños saben de memoria, la operación misteriosa no tendrá dificultad ninguna para los lectores de GENTE MENUDA.

### CHARADA... (CON TRAMPA)

Dos matemáticos *todo*  
del Imperio del Japón  
de los que no me *dos* *prima*  
porque soy su admirador,

me han enseñado á sumar  
con tan rara perfección  
que si á *tres* añado *cuatro*,  
no pongo *un siete*, y si *un dos*.

(La solución en el próximo número.)

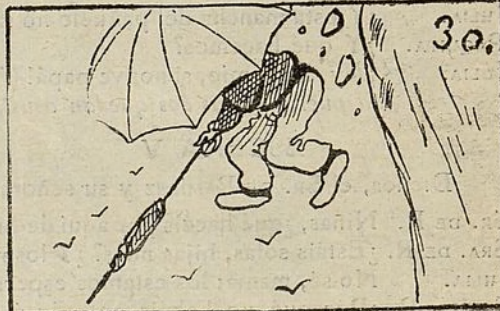
## EL PARAGUAS MARAVILLOSO (Continuación.)



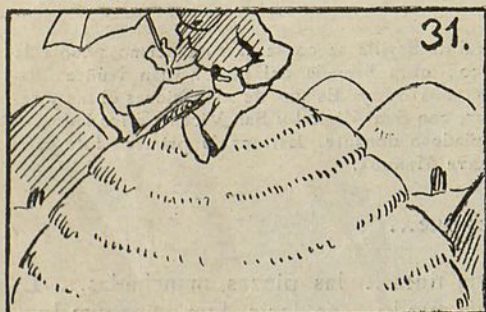
Aquella lluvia de flechas era tan poco tranquilizadora, que Felipín cogió el conejo y salió corriendo.



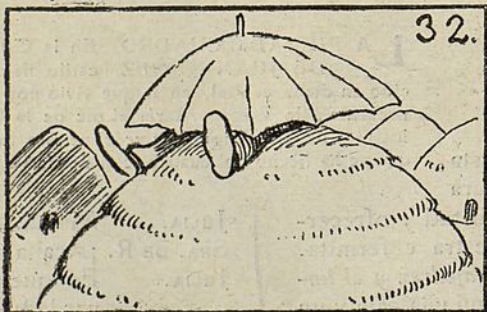
Cuando iba á gran velocidad, el pobre se encontró el terreno cortado ante un precipicio espantoso.



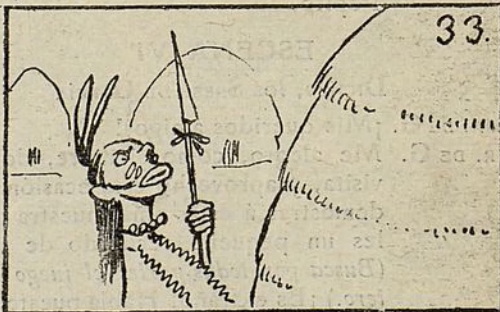
Felizmente recordó que su paraguas, de cierre automático, era un excelente paracaídas.



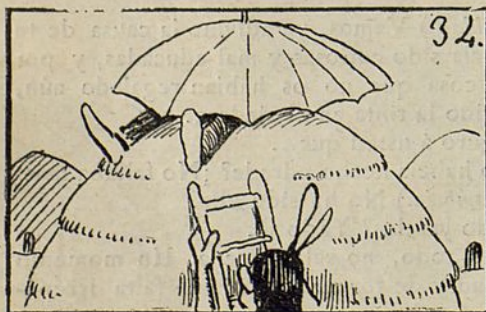
Para colmo de fortuna, vino á caer Felipín en un gran montón de paja.



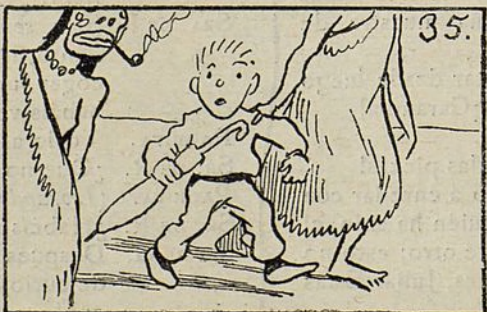
Aprovechó el tiempo; merendó y se dispuso á dormir la gran siesta tranquilamente.



Un guerrero, de los que vieron el humo, vió al chico encima de la choza que á Felipín pareció montón de paja.



Y cogiendo una escalera y trepando silencioso, cogió al muchacho en el mejor de los sueños.



Felipín, preso por aquellos feroces sicarios, fué conducido ante el jefe de la tribu.



El cual leyó al muchacho nada menos que su sentencia de muerte de buenas á primeras. (Continuará.)